

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

**INICIACIÓN  
A LA HISTORIA  
DE LA IGLESIA**

**II**

**Edad Moderna y Contemporánea**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2008

Cubierta Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2008  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563  
ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1696-6 (obra completa)  
ISBN: 978-84-301-1698-0 (volumen II)  
Depósito legal: S. 1645-2008  
Impreso en España / Unión Europea  
Fotocomposición: Rico Adrados S.L., Burgos  
Imprime: Gráficas Varona S.A.  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2008

# CONTENIDO

## EDAD MODERNA

1. La Edad Nueva .....	11
2. Crisis en la Iglesia.....	27
3. Raíces de la Reforma.....	55
4. Principios de la Reforma católica.....	83
5. La Reforma protestante.....	129
6. En el área del protestantismo.....	155
7. ¿Reforma católica o Contrarreforma? .....	175
8. La restauración católica.....	197
9. Crisis en la sociedad europea.....	225
10. La Guerra de los Treinta Años.....	239
11. Bajo el absolutismo de los príncipes.....	251
12. Otros movimientos dentro de la Iglesia.....	267
13. Los papas de este periodo.....	283
14. Aspectos de la vida cristiana.....	297
15. De la Ilustración a la Revolución.....	307

## EDAD CONTEMPORÁNEA

16. El reencuentro con Roma.....	333
17. Aires de renovación.....	361
18. Apostolado de masas.....	377
19. La crisis de finales y principios de siglo.....	393
20. La Iglesia frente a los totalitarismos.....	413
21. La Iglesia de nuestros días.....	431

<i>Epílogo</i> .....	461
----------------------	-----

<i>Bibliografía</i> .....	463
---------------------------	-----

<i>Índice onomástico</i> .....	479
--------------------------------	-----

<i>Índice general</i> .....	489
-----------------------------	-----

# EDAD MODERNA

## LA EDAD NUEVA

El Medioevo pasa por ser la época del universalismo y del objetivismo, que cristaliza en el imperio unitario y en el papado: el imperio de los emperadores alemanes y el papado de los grandes pontífices medievales, como Gregorio VII o Inocencio III.

Una ojeada superficial sólo nos revela guerras y arbitrariedades, pero, en el fondo, lo que se observa en la Edad Media, como constante bien definida, es una fuerza de unión mucho más poderosa que las que pudieran presentarse como disolventes. En la magistral exposición de santo Tomás, por ejemplo, el mundo de los sentidos y el de las ideas, los conocimientos concretos y la metafísica, la ciencia y la fe, la filosofía y la teología se hayan siempre en contacto y nunca contrapuestos. A pesar de la rivalidad que pudiera existir a veces entre ellos, la Iglesia y el Estado se respetan mutuamente y se consideran los dos únicos poderes establecidos por Dios para el gobierno de su reino en la tierra. Es la época de las dos espadas y de la supremacía que la espiritual ejerce –o pretende ejercer– sobre la temporal.

Mas todo empezó a ser diferente desde el comienzo mismo de la Edad Moderna.

### 1. *Tensiones y diferencias*

Fue en el campo del pensamiento donde se dieron los primeros cambios. Los agentes de síntesis fueron reemplazados por elementos disgregantes, pues mientras unos consideraban que el conocimiento se adquiere únicamente por la fe, otros comenzaron a atribuir este efecto a la razón. Un abismo infranqueable empezó a separar entonces a la teología de la filosofía y la asociación entre la Iglesia y el Estado no se vio perturbada sólo por conflictos pasajeros (como en tiempos de En-

rique IV, el emperador Barbarroja o Federico II), sino que fue destruida en sus mismos principios por los ataques de teorizantes como Ockham y Wiclef, o simplemente imposibilitada por el dominio que algunos Estados ejercieron sobre la misma Iglesia, debido al absolutismo regio que ya en estos años empieza a levantar cabeza.

El siglo XIII había estado dominado por la idea de la doble naturaleza del hombre, quien a la vez pertenece a este mundo, material y visible, y a otro invisible, siempre más importante. Esta convicción determinaba todas las manifestaciones de la existencia humana: idea de Estado, sociedad, conocimiento, filosofía, teología y arte. El afán del pan cotidiano y la constante preocupación por la salvación del alma daban a los espíritus un feliz equilibrio, que se rompe cuando las preocupaciones terrenales empiezan a cobrar más peso. Es el mundo de los sentidos el que llama ahora la atención; la naturaleza se convierte en objeto de interés y la idea de «hombre» va quedando difuminada a medida que toma más relieve la que se tiene del «individuo».

Numerosas fueron las manifestaciones que con este cambio se produjeron. En el campo de las ciencias naturales se desarrolla una intensa actividad, que condujo a valiosas verificaciones. La cultura profana se afianzó y enriqueció. Mejoró la administración de todos los Estados. La vida económica salió de su fase primitiva y se intensificó. El espíritu de empresa, aplicado al comercio y a la industria, desembocó en el régimen capitalista y preparó los grandes descubrimientos iniciados a finales del siglo XV.

La característica principal de la cultura de la Baja Edad Media es no ser ya la obra del clero, sino de la sociedad laica. Es la burguesía la que da la pauta, liberada de la opresión del feudalismo. Antes eran los clérigos los únicos dispensadores del saber, ahora abundan ya los laicos instruidos. Al principio, se trató de los juristas, quienes, amparándose en el derecho romano, se opusieron a ciertas pretensiones de la Iglesia e introdujeron en la vida estatal el predominio del espíritu laico; más adelante fueron los filósofos y humanistas, quienes, a pesar de que muchos de ellos eran clérigos, opusieron un humanismo de nuevo cuño, que condenaba y dejaba arrinconada a la tradición cristiana.

La Iglesia, por otra parte, ofrece en este tiempo un panorama poco o nada halagüeño. Gravemente debilitada en su organización, pierde bastante de su autoridad política, administrativa y económica y llega a verse comprometida por la inmoralidad misma de sus servidores. Se inicia la vida mundana del papado en Aviñón, y a ello se une la deplorable actitud de la curia en la época renacentista.

Pero la inmoralidad no era privativa únicamente de las clases superiores y de la aristocracia, sino también de la burguesía rica, que, en cierto punto, iba adoptando las costumbres cortesanas. Aun cuando seguían manteniéndose las formas, éstas se hallaban faltas de contenido, y quienes las defendían no eran sinceros. Se buscaba una vida de goce y de belleza, pero nadie osaba confesarlo abiertamente. La moral cristiana se había hecho demasiado onerosa y se aspiraba a una conducta más libre y menos responsable. El Renacimiento haría que estas tendencias se afirmaran en amplios sectores de la sociedad.

El mismo arte experimenta un maravilloso desarrollo y refleja una imagen del mundo totalmente nueva, ideal y realista al mismo tiempo, y acomodada a la vida de bienestar y de lujo de las clases elevadas. Si en el Medioevo había estado de ordinario al servicio del culto (románico y gótico), ahora se consagra al embellecimiento de la vida humana y acaba por encontrar en sí mismo su propia razón de ser.

Pero la nueva ideología no impera del todo sola; aún encontramos tardíos representantes de la mentalidad medieval, y por largo tiempo vemos que persiste el contacto entre lo antiguo y lo nuevo. En Florencia, por ejemplo, fueron contemporáneos el renacentista Lorenzo de Medicis y el dominico, cortado a la vieja usanza, Savonarola; Dante sostiene todavía la idea de un imperio universal romano, mientras que Petrarca es un decidido defensor de la idea nacionalista italiana. Como resultado de una oposición a la cultura profana, se renueva entre los místicos una concepción medieval que queda lejos de la teología escolástica y pretende llegar al conocimiento de Dios mediante una experiencia íntima y personal. Es lo que hicieron los partidarios de la *Devoción moderna* y, entre otros muchos, el mismo Lutero.

A pesar de este espíritu de innovación, y brotando a veces de su mismo seno, subsistieron fuertes tendencias religiosas, que se hacen más patentes ante el grito de reforma que se levantará por toda la Iglesia y que no tendrá una respuesta adecuada hasta la celebración del concilio de Trento.

## 2. El hombre «moderno»

Como consecuencia de la obra de Burckhardt (*La cultura del Renacimiento en Italia*, publicada en 1860) y del sugestivo estudio de Huizinga (*El otoño de la Edad Media*, aparecido en 1919), quedó anticuada la teoría de colocar el fin del Medioevo y el comienzo de la

nueva era tanto a mediados como a finales del siglo XV. De estos estudios se desprende que los siglos XIV y XV no pertenecen propiamente a la Edad Media, aunque todavía conserven algunos rasgos característicos de la misma, sino que al contrario, se presentan –en frase del mismo Huizinga– «como un árbol totalmente desarrollado y grávido de frutos maduros».

A estos dos siglos, no del todo diferenciados, les cuadra bien el nombre que les aplica el autor de *El otoño de la Edad Media*. Un otoño que es a la vez primavera de una nueva edad. Porque si es cierto que el estallido de Wittenberg por el que Lutero empieza a separarse de Roma (1517), la caída de Constantinopla (1453) o el mismo descubrimiento de América (1492) –que algunos señalan como nacimiento de la Edad Moderna– tuvieron una gran significación histórica, no es menos evidente que tales hechos se enmarcaban en unas ideas y una cultura que se habían ido desarrollando en años anteriores y quedaban lejos del ambiente y de las características del mundo medieval.

Sabemos del significado histórico que tuvo el hecho conocido como «la bofetada de Anagni». Al año siguiente, en 1304, nace Francisco Petrarca, considerado en su tiempo el «primer hombre moderno». Con Petrarca se abre una era de humanistas, los cuales tienen conciencia de que con ellos empieza una nueva época de la historia: la *nostra modernitas*, de la que hablara el canciller florentino Coluccio Salutati, nacido en 1331. También los seguidores del nominalismo, que protagoniza Guillermo de Ockham († 1347), pertenecen, como ellos decían, a la *Schola modernorum*, y en el campo de la espiritualidad, los discípulos de Gerardo Groot (nace en 1340) se apartan de las escuelas medievales para entrar en la corriente de la *Devoción moderna*, de la que participarán más tarde tanto Tomás de Kempis, como Erasmo de Rotterdam, Martín Lutero y san Ignacio de Loyola.

El hombre «gótico o medieval» deja paso al hombre-individuo del Humanismo y de la Reforma que tiende al subjetivismo, a constituirse, como en la época clásica, en «medida de todas las cosas», a su independencia y al libre examen. Sin embargo, esta nueva época, que tanto se separa del Medioevo, no es todavía el mundo que aparece ante nuestros ojos desde la paz de Westfalia de 1648, que suele ponerse como límite de la Edad Nueva y principio de la Contemporánea. Si en la tendencia izquierdista del Renacimiento hay gérmenes de racionalismo en hombres como Lorenzo Valla, Maquiavelo, Montaigne o el mismo Erasmo, hay todavía en el Renacimiento muchas cosas que no son modernas y saben muchísimo a Medioevo, como la guerra de los

Cien Años y los libros de caballerías. Ni el Carlos V, caballeresco, es moderno, ni lo es la política de Felipe II, para quienes el concepto de cristiandad sigue teniendo un valor tan inmenso. El renacimiento de la escolástica, al entroncarse con el movimiento humanístico y cristianizarlo, es una nueva floración espléndida del saber medieval. El mismo protestantismo es, en cierto modo, una vuelta a la Edad Media. En el propio Lutero ha encontrado Harnack no pocos resabios medievales. Es una época confesional, donde la religión vuelve a ocupar el primer plano. Por reacción, los católicos se agrupan más apretadamente que nunca junto al Papa, bajo cuya dirección se completa la reforma. Vienen las luchas religiosas —la guerra de los Treinta Años—, que nos recuerdan, hasta cierto punto, el ímpetu religioso de las Cruzadas.

Cuando se firma la paz de Westfalia, es ya otra la fisonomía con la que se presenta Europa. La escisión de la cristiandad occidental se estabiliza y se reconocen como legítimas las dos confesiones, la católica y la protestante. A la lucha encarnizada y a la intolerancia, que no fue patrimonio exclusivo de los católicos (Inquisición romana, Inquisición romano-española), sino que existía también entre los protestantes (*ius gladii*, en Ginebra y Londres), sigue una época de tolerancia religiosa, cada vez más amplia, que encontrará su formulación adecuada en tiempo de la Ilustración y terminará en el indiferentismo religioso y en el ateísmo materialista de nuestros días. La religión se fue considerando como algo privado de la conciencia de cada cual, que no cae bajo la jurisdicción del Estado y ni siquiera de la Iglesia.

¡Qué opuesto todo esto al espíritu medieval, que de alguna manera llega hasta el siglo XVI, a la unión que había entre la Iglesia y el Estado, a la fe y a la vida cristiana que impregnaba entonces al pueblo! Es que estamos en otra edad diversa; entramos en la Edad Moderna, en la que decae el prestigio de la Iglesia, a la que ahora se intenta subordinar a los intereses del Estado. Tampoco el emperador significa ya gran cosa en el campo de la vida pública europea; quedará como un título honorífico en el concierto de las nuevas potencias, que se disputarán no sólo el dominio de Europa, sino el del mundo de entonces.

### 3. *Evolución económico-social*

Examinémoslo, siquiera sucintamente. Desde tiempos de las Cruzadas, la vida económica de los europeos había alcanzado un inesperado desarrollo, manifestado en la rigurosa organización de la economía